

Reservados todos los derechos, para la reproducción, total o parcial de esta obra, así como la puesta en escena de la misma sin el previo consentimiento de la Autora o de la solicitud a SGAE.

mluzdramaturga@hotmail.com

www.mariluzcruz.com

Nostalgia

M^a Luz Cruz

Señora mayor que cuenta con la inseparable compañía de su perrito.

DOLORES.- (*Mirando hacia abajo*) Roque, deja de husmear y de rascar la puerta, no hace falta que insistas que no vamos salir a pasear hasta que no esté aquí Valeria. Sabes de sobras que desde mi caída nos tiene totalmente prohibido bajar a la calle hasta que ella no llegue. ¿No querrás que se enfade con nosotros? Porque tiene toda la razón, cuando nos dice que es una imprudencia bajar esta escalera con los escalones tan gastados, el bastón y tirando de ti. Y si no, acuérdate que pasó el día que la conocimos. (*Como si riñese al perro*) No, no disimules, que sabes bien lo que te digo, ¿verdad? ¡Fuiste un pillo! Esperaste a que estuviera distraída, le diste un tirón a la correa y echaste a correr a toda velocidad. Claro, que en tu traviesa aventura te diste de bruces con ese antipático, ya sabes a quien me refiero... al camarero de la cafetería de la esquina, que te arreó un buen golpe cuando abrió la puerta para poner de patitas en la calle a Valeria. Se acababa de tomar un café con leche y un bollo y al ir a pagar se dio cuenta de que no le llegaba el dinero, entonces ese energúmeno la emprendió a insultos con ella. La amenazaba como un loco con llamar a la policía para meterla miedo por treinta cochinos céntimos que le faltaban. Estaba tan asustada que le rogaba que no lo hiciese, y yo al ver a ese abusón, me puse tan nerviosa que me dieron ganas de darle dos bofetadas. Y mira, Roque... que tú mejor que nadie sabes que yo soy una persona muy pacífica, pero el comportamiento de ese tipo era tan poco humano que daba para eso y algo más. (*Subiendo el tono*) ¡Por amor de Dios,

que tan sólo eran treinta céntimos! Pero por las voces que pegaba el abusón parecía que le acababa de robar la recaudación de toda la semana. Roque, hay gente que está tan amargada que paga su fracaso y su mal humor con el más débil, y eso es porque no tienen agallas para enfrentarse a su superior y a ese infeliz se le veía de una legua que era uno de esos.

Claro, que nosotros salimos ganando, porque gracias a los treinta céntimos que le entregué a aquel mal educado pudimos conocerla.

Pobrecilla, no sabía cómo darnos las gracias por haberla sacado de aquel apuro. Y mientras nos acompañaba al portal nos contó que estaba aquí sola, que venía de muy lejos, del otro lado del charco, como dice ella. Y de eso hace sólo tres meses, Roque, ¡tres meses! Pero cuando la miro, parece como si hiciese toda una vida que la conocemos. Al llegar al portal, miró la escalera y comentó, es viejita, ¿eh...? Y yo, creyendo que se refería a mí, rápidamente le contesté, tengo ochenta y dos y en menos de un mes cumpliré los ochenta y tres, pero ¿a qué aparento veinticinco? Se echó a reír y enseguida me aclaró que se refería a la escalera. Entonces le dije, viejita y sin ascensor, para mal de los cuatro viejos que vivimos en ella, la pobre, parece casi un asilo. (*Mira hacía abajo*) Usted perdone... perdone el jovencito... No hace falta que gruñas, que ya sabemos que el único que mantiene las patas fuertes en este viejo edificio eres tú.

Parece mentira, quién la ha visto y quién la ve. Cuando lo recuerdo me parece como si fuera otra escalera. Valeria, la tenía que haber conocido en sus buenos tiempos, era la envidia del barrio, (*Sonríe recordando con entusiasmo*) la más bonita y la que tenía más vida de toda la calle.

Cada dos o tres años la pintábamos para tenerla bien limpita, y nada de llamar a un pintor como hacen ahora, no, nada de eso. No había dinero para pintores, lo hacíamos entre todos los vecinos con mucha alegría. Los hombres pintaban los techos y las paredes que era lo más costoso y las mujeres las barandillas y las puertas y cuando acabábamos de pintar y de limpiarlo todo, lo celebrábamos por todo lo alto. Y cuando digo por todo lo alto, no quiero decir que gastásemos mucho dinero, no, nada de eso, porque tampoco lo teníamos. Lo digo, porque la fiesta se celebraba siempre en la azotea. Se montaba una merienda cena y cada uno subía lo que podía. Si lo hubieras visto Roque, que alegría había... Todos esperábamos impacientes la tortilla de patatas de

señora Gloria, tenía unas manos para las tortillas, ¡qué manos! Como que siempre entre boca y boca le gastábamos la misma broma, le canturreábamos, (*Canturrea*) ¡comer un trocito de tortilla de Gloria nos sabe a gloria! Se reía, sacaba otra tortilla y nos animaba a repetir.

Siempre que paso por una pastelería me vienen a la memoria los buñuelos de anís que hacía la señora María y su licor, al que ella lo llamaba el licor del amor, porque todo el que lo tomaba a los nueve meses aumentaba la familia. Algunas de las mujeres entre carcajadas les prohibían tomarlo a sus maridos. ¡Ay, cuánta vida, Roque, cuánta vida!

Y los balcones y las ventanas de la señora Elvira, eran el remate final, los tenía todo el año llenitos de geranios en flor. Regalaba macetas a todo el barrio, pero por más cuidado que tuviéramos con ellas a nosotras nunca nos florecían igual. Nos tenía a todas intrigadas en saber que era lo que les echaba a sus plantas, pero por más insistíamos para que nos lo contase, nunca nos desveló su secreto.

(*Sonriendo*) Ahora recuerdo, que una de las muchas veces que la pintamos, escogimos un color verde manzana, ¿Qué nombre tenía aquel color? (*Tratando de recordar*) Esta memoria... bueno, da igual. A mí, me gustaba mucho aquel color porque daba tanta luz... pero a la señora Justa no le hacía ni pizca de gracia, decía que era muy atrevido, que qué iban a pensar los vecinos de toda la calle y que daba pie a todo tipo de críticas. Yo me echaba a reír por sus comentarios y ella se enfadaba y Lucas, mi esposo, me reñía. Y para tenerla contenta, a él se le ocurrió que pintásemos el zócalo de color marrón y ponerle una cenefa de flores. Decía que lo había visto en escaleras de mucho postín. Fue toda una novedad en el barrio, se acercaban los de los demás portales para verla y más de uno nos copió la idea.

Pobre señora Justa, poco se imaginaba ella que ahora a sus ochenta y tantos años el hijo de propietario intentaría por todos los medios echarla del piso. Ese egoísta cargado soberbia, le dice, que ni sueñe que le arregle nada más en esa vivienda, que está harto de mantener ese piso con la miseria de alquiler que paga. (*Se altera*) ¡Mantener ese piso! Y a la pobrecilla no le ha arreglado nada hace un montón de años. Ese egoísta, se lo dice a una mujer que lo ha cuidado más que si fuera suyo, y que soñaba siempre con podérselo

comprar al padre algún día. Como lo oyes, Roque. ¡Ese sinvergüenza, no sé cómo puede dormir por las noches!

Por aquel entonces la escalera estaba llena de vida y el patio de luces cargado de olores: el olor de ropa recién lavada, a comida recién hecha, y el soniquete de más de una coplilla. Los niños correteaban arriba y abajo, aunque los más traviesos eran Luisito y Carlitos que vivían en el tercero. Bajaban subidos en la barandilla o saltando los escalones de tres en tres, eran dos diablillos. El señor Faustino se ponía hecho una furia gritando ¡esos críos con tanto salto van a tirar el edificio abajo! Y ya ves, el edificio sigue en pie, algunos se marcharon y otros ya no están entre nosotros y los que quedamos aquí estamos tan viejos como él. Después, durante un tiempo, la escalera se quedó tan callada, tan silenciosa, como si se hubiera quedado muda.

¡Hasta que llegó Valeria! *(Con alegría)* Tenerla aquí ha sido para todos como una bendición.

(Como si mirase hacía la puerta) ¡Vamos, corre, Roque! ¿No oyes la puerta? ¡Ve a buscar la correa que ha llegado Valeria!

Oscuro